

Luis Sánchez-Merlo

# La concordia es posible

Con las primeras luces de la mañana, aterrizo en el aeropuerto de Madrid-Barajas Adolfo Suárez, cuando Mas ha firmado el decreto de convocatoria de elecciones –con aroma plebiscitario– y Rajoy ya descansa en Doñana, preparándose para un otoño-invierno peliagudo. Y en la somnolencia de la amanecida, me pregunto cómo hubiera gestionado Suárez el desacuerdo con quienes se han cansado de pertenecer a España y si la concordia es aún posible.

En los albores de agosto, el conflicto entre gobernantes es evidente, tal como acreditan las últimas manifestaciones de unos y otros: “Vamos a por todas, ya no hay marcha atrás” y “no habrá independencia de Catalunya de ninguna de las maneras”, exponentes ya sin rodeos de una discordia arrastrada.

Desde la Diada del 2012, Mas no sólo no ha dado un paso atrás, sino que ha ido enfureciendo su encono. Y no deja de ser mirífico que esa galopada acabe en una modesta cuarta plaza de la papeleta independentista. Mientras tanto, Rajoy se ha quedado apoyado en la barra, aplicando la receta que le sirvió para evitar el rescate. Imposible, pues, encontrar un territorio de encuentro en algún instante del trayecto.

Las cosas podrían haber sido distintas, si –desde un principio– se hubieran empeñado, al menos, en no detestarse, pero la ausencia de química –sin ambages– entre los protagonistas ha dado como resultado un *fallido* de libro.

Hubiera bastado con aprender de dos hombres astutos, como Tarradellas: “Tengo un millón de personas en la calle dispuestas a reclamar mi retorno” y Suárez: “Usted no es nadie. Usted es lo que yo digo

que es”. Era difícil que las pretensiones de ambos, en las antipodas, uno desde sus orígenes falangistas, y el otro curado de espanto, tras un largo exilio, llegasen a encontrarse. Era como mezclar el agua y el aceite, pero hubo acuerdo porque ambos comprendieron que se necesitaban e irremediablemente sus proyectos confluyeron y se restableció la Generalitat de Cata-

lunya. Así se fue zurciendo la transición.

Sin embargo, todo parece indicar que no se han extraído las lecciones de aquella gran maniobra: por un lado, respetar la singularidad política catalana y la necesidad de su reconocimiento, y por otro, entender la urgencia de –sobre todo– no volcar el tablero. Sin inteligencia política, se arruinan

todas las buenas intenciones iniciales. El largo pasaje de desafío, impugnación y mal humor que vienen protagonizando Mas y Rajoy se ha saldado con la evidencia de que ni fue posible el acuerdo ni lo sería nunca. Han faltado encuentros discretos y muchas horas de convenir y discrepar. *Culo di ferro*.

Cuando ya andaba Mas a vueltas con las estructuras de su propio Estado, el presidente de la Generalitat aprovechó para descargar en la Moncloa el “memorial de agravios”. Para Madrid, las maniobras de Mas eran la prueba inequívoca de la deslealtad. En clave catalana, la falta de respuesta a las “23 medidas” –salvo la lanzadera a la T1 de El Prat– no hacía sino engrosar las filas independentistas.

Tratando de encontrar una explicación al *sorpasso* soberanista, lo cierto es que el Gobierno, que siempre ha atendido las necesidades financieras de Catalunya a través del FLA, no prestó la atención que requería el *malaise* catalán. Ya no eran los odiosos peajes, ni siquiera el déficit de infraestructuras o la tardanza del AVE lo que envenenaba la relación. Era un sentimiento de injusticia y rabia que crecía día a día, y de ahí se pasó, sin solución de continuidad, a la ruptura, a pesar de que el simulacro de referéndum fue un fiasco.

Y aquí radica el arco de bóveda de la discordia, en la falta de acuerdo sobre la etiología del problema. Mientras para los que aspiran a una soberanía, es una cuestión política –el respeto a la voluntad del pueblo catalán– que se funde con el sentimiento, para los que se sienten catalanes y españoles, el problema es a la vez jurídico (la soberanía recae en el conjunto del pueblo español) y existencial.

Aquí es donde estamos atollados porque ni la desconexión se puede imponer con una simple mayoría ni se evita con una res-

puesta fría desde la legalidad, y manca, coja y tuerca políticamente. La ley ya no es suficiente.

La crítica irredenta, la contrariedad endémica, contentar a los afines, seducir a los adversarios, convencer a los agnósticos, dormir mal... para qué seguir. El oficio de presidente es duro. Aquel que no pueda soportar tanta desventura o no tenga la afición suficiente, tiene que cambiar rápidamente de profesión, sin esperar a la próxima derrota.

En la catedral de Ávila reposan los restos del primer presidente de la democracia restablecida, impulsor de la Constitución y el Estatut de Catalunya. El epitafio resume su empeño conjunto con Tarradellas: “La concordia fue posible”.

Pasadas las elecciones autonómicas y generales, cuando los catalanes hayan depositado su confianza en quienes propongan una forma diferente de hacer las cosas –a través de la negociación y no de la impo-

---

**Ambas partes son conscientes de que los grandes países europeos tienen en el respeto a la diversidad su mayor fortaleza**

---

sición– en el logro de nuevos derechos y no en su merma, habrá que volver a empezar, con nuevos actores, nuevas ideas y siempre con las enseñanzas de la historia encima de la mesa.

Quiero pensar que la concordia –desde la confianza y la lealtad– es aún posible, porque a nadie se le escapa que ambas partes son conscientes de que los grandes países europeos –con capacidad para crecer y proyectarse al futuro– tienen en el respeto a la diversidad su mayor fortaleza.

Y ahora que Jordi Pujol ha dejado de ser el gran timonel, una primera medida podría ser renombrar el aeropuerto de Barcelona-El Prat Josep Tarradellas. ●



JOMA